

movimiento de

RE-
SIS-
TEN-
CIA.

un llamamiento cristiano contemporáneo

por **SAMUEL GIL SOLDEVILLA**

RENDIRSE [3]

REVOLUCIÓN [7]

RESISTENCIA [12]

RESCATE [19]

RECREACIÓN [22]

Manifiesto I

Mayo 2018

Cada vez tengo más claro que aquellos/as que deseemos abrazar y practicar el mensaje del Evangelio formaremos parte de un

Movimiento de Resistencia.

Este llamamiento quiere reanimar tu corazón, sacudirte la cabeza y fortalecer tu alma.

No hay nada nuevo en estas palabras, pero si no las grito a los cuatro vientos voy a reventar por dentro. Deseo que el Espíritu continúe en ti y en mí los pasos necesarios para ser Movimiento, ser Resistencia.

Lee este Manifiesto, medítalo, críticoalo, imprímelo*, compártelo, rómpelo...; siéntete libre de hacer lo que consideres más útil y oportuno.

* Descárgalo en: samuelgilso.com > Libros

Licencia Creative Commons: Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0)

RENDIRSE

Rendirse no está de moda.

Todo a nuestro alrededor nos empuja a ser humanos invencibles, imparables, super-hombres y super-mujeres en cuyo vocabulario no exista la frase “me rindo”. La cultura mediática, y especialmente la presión del sistema neoliberal, individualiza las causas, responsabilidades y resultados de cuanto ocurre: tú eres el único responsable de lo que te pase. No hay otra salida que no seas tú mismo. Por eso gurús afamados, *coaches* posmodernos y tazas Mr. Wonderful nos susurran e insisten que

tú

puedes

con todo. No te rindas. No te rindas. No te rindas.

Y es verdad, en algunas dimensiones de la vida lo último que hay que hacer es rendirse, pero

con Dios

es

lo primero.

Voy a ser claro: si crees que puedes vivir una vida cristiana siendo tú el rey de tu existencia..., apaga y vámonos. Estás perdido.

No estoy diciendo que no puedas superar retos. O romper barreras. O vencer miedos. Al contrario, creo profundamente que estamos llamados a crecer. A dar lo mejor. A ser más. Sin embargo, el éxito de la vida cristiana no se mide por la cantidad de “yo puedo” que le dices a Dios o de tus buenas obras conseguidas, sino por los momentos en los que te rindes ante su presencia y reconoces cuánto le necesitas.

¿Te acuerdas de Jacob? A él tampoco le gustaba rendirse. ¿Te suena el relato del engaño a su padre Isaac? Jacob se hizo pasar por su hermano mayor Esaú para obtener primero la **bendición**. Isaac, anciano y casi ciego, no pudo reconocerlo: «-Dime, hijo, **¿quién eres?**», le preguntaba una y otra vez; «-Soy Esaú», respondía Jacob (Génesis 27).

Por aquella época el nombre era más que simplemente un nombre; su significado indicaba tu identidad, representaba tu esencia. De esta manera,

cuando te preguntaban “cómo te llamas” en realidad estaban diciendo: “¿quién eres?”. Y Jacob estaba haciendo honor a su nombre, que en un sentido figurado significa “el que suplanta, miente o engaña”.

Tras esta situación, Jacob huye de su casa. De alguna forma, también lo hace de sí mismo. De hecho, pasó gran parte de su vida pretendiendo ser otra persona, sin reconocer quién era.

Años después, la historia se repitió.

Jacob pone fin a su escapada, regresa a su casa y vuelve a experimentar la misma pregunta que le hizo su padre, también con una bendición de por medio. Esta vez en la oscuridad de la noche, estando sólo, Jacob luchó contra «un hombre hasta el amanecer. Cuando ese hombre se dio cuenta de que no podía vencer a Jacob, lo tocó en la coyuntura de la cadera, y ésta se le dislocó mientras luchaban. Entonces el hombre le dijo: –¡Suéltame, que ya está por amanecer! –¡No te soltaré hasta que me bendigas! –respondió Jacob. –¿Cómo te llamas? –le preguntó el hombre. –Me llamo Jacob –respondió. Entonces el hombre le dijo: –Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido» (Génesis 32:22-28).

¿Te has dado cuenta?

Ese “hombre” [que en realidad es Dios], le pregunta: ¿cómo te llamas? Le está diciendo:

–Venga, dime de una vez por todas quién eres realmente. Tu escapada ha llegado a su fin. Deja de pretender ser otra persona, de engañar, de mentir... ¡Reconoce ante mí quién eres!

Y Jacob se rinde:

–Lo admito, mi nombre es Jacob, soy el engañador, el mentiroso.

Lo que ocurre después tiene su punto de humor. Cuando por fin reconoce quién es, aquel “hombre” ¡va y le da otro nombre! Es decir, Dios le está dando una nueva vida. Una nueva identidad. Un nuevo propósito.

La forma de vencer en la vida espiritual es reconocer que
mi nombre,
mi identidad,
la verdad oculta en lo profundo de mi ser,
necesita a Dios.

Quizás tengas que partirte la cara con Él, pelear en medio de tu noche más solitaria y oscura, ser el más cansino del mundo mundial en tu lucha con Dios... pero llegarás al mismo punto: tu rendición.

El problema hoy es que nos hemos rendido a los dioses equivocados. Le hemos dado nuestra identidad a las marcas; nos hemos hecho dependientes de la imagen; nos hemos entregado al yo e idolatrado a *celebrities*; pensamos que nuestro valor depende de los *likes* y de los comentarios de otros; poseemos cosas que en realidad nos poseen; depositamos nuestro tiempo y esfuerzo en _____ [pon aquí tu caso]...

Hemos creado tantos dioses que estamos incapacitados para ver al Dios que nos ha creado. Nos sentimos llenos con tantos objetos alrededor, pero por dentro nos retiramos vacíos. Sin embargo, a «los pobres en espíritu» es a quienes Dios llama «bienaventurados», porque no se consideran buenos ni satisfechos con su condición, sino que buscan más y más participar de Jesús (Mateo 5:3).

El Maestro es claro cuando dice: «si alguien quiere ser mi discípulo que **se niegue a sí mismo**, lleve su cruz y me siga» (Marcos 8:34).

Ufff [¿no había nada más ligerito que decir?].

¿Y qué significa negarse a uno mismo?

Significa colocar la voluntad de mi Creador antes que la del yo; situar mis deseos y pensamientos en armonía con los de Dios (2 Corintios 10:5).

Renunciar a quién soy en mi nombre, para ser una nueva persona en el nombre de Jesús (Isaías 62:2; Efesios 4:22-24; Apocalipsis 2:17).

Estar dispuesto a todo por Dios (Mateo 16:24-25).

No ser dominado por mis apetitos, por mis “Egiptos”, sino aceptar la liberación de Dios y el camino que abre en el desierto y en el mar (Éxodo 20:2; Isaías 43:18-19; Tito 3:3-7).

Reconocer que la posición más alta a la que alguien puede aspirar es estar sentado a los pies de Jesús (Lucas 10:38-41).

Poner a Dios primero, porque todo lo demás será añadido (Mateo 6:33)...

Tranquilo, esto no tiene nada que ver con mortificarse, no disfrutar la vida o ser humillado. ¡No! Al contrario, esto te habilita para saborear la auténtica libertad, destapar un gozo sin precedentes y experimentar una vida nueva de horizontes infinitos. ¡Sí! Las palabras de Dios nos devuelven un mundo que antes no conocíamos, empujan los bordes de nuestra comprensión y amplían nuestra realidad. Pero

hay
que rendirse
primero.

El rey del gran imperio babilónico Nabucodonosor [s. VII a.C.] se construyó una estatua de oro de treinta metros para ser adorado, pero años más tarde acabó arrodillado renunciando a su propia honra y reconociendo al Único que la merece (Daniel 4:34-35).

Salomón, rey de Israel [s. X a.C.], sabio por excelencia, catador de toda clase de placeres, hacedor de grandes obras y consumidor de los deseos de su corazón, culmina su reflexión sobre la vida, tras rendirse ante la futilidad de todo lo demás, con un consejo final: «teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre» (Eclesiastés 12:13).

El hijo pródigo pensó que la mejor decisión era vivir desenfrenadamente lejos de su Padre; pero recapacitó, reconoció que no merecía ser llamado “su hijo” y **regresó** a casa. Allí le esperaba Papá, quien salió a su encuentro corriendo con los brazos abiertos y extendidos, y en seguida montó la mayor fiesta del siglo porque su hijo se había perdido, pero había vuelto (Lucas 15:11-24).

Pablo entendió la importancia y el significado de rendirse, y puso en palabras lo que sería la máxima expresión de rendición: «he sido crucificado con Cristo, y **ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí.** Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí» (Gálatas 2:20).

El propio Dios, de alguna forma que todavía no podemos entender, se negó a sí mismo y rindió su divinidad [suena chocante, pero no encuentro otra forma de expresarlo]; pues «Cristo Jesús, quien siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el

contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz! Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante **el nombre de Jesús** se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor» (Filipenses 2:5-11).

Boom.

Pim pam pum.

Fuegos artificiales en la cabeza.

Cuando dejas de huir,
cuando ya no escapas de ti mismo sino que te entregas al Maestro,
entonces experimentas una paz que no es de este mundo.

Cuando te rindes ante Dios,
cuando tu corazón se rinde a la soberanía del Amor,
entonces prepárate porque en tu vida comienza la auténtica Revolución.

REVOLUCIÓN

Cuando dices que eres cristiano hay quien se imagina que la máxima revolución de tu vida es cantar con una guitarra “Kumbayá Señor” en algún campamento de verano alrededor de una hoguera [a tope, y con los calcetines blancos hasta arriba, bien estirados].

Dice Pablo que «el reino de Dios no es cuestión de palabras sino de **poder**» (1 Corintios 4:20). La palabra original que utiliza en griego es *dynamis*, de donde vienen nuestros términos dinámico, dinamismo y... dinamita.

La revolución que Dios nos propone afecta a todas las dimensiones de nuestra existencia y no consiste simplemente en mejorarnos como personas, sino en **transformarnos**.

A veces, por miedo a ser malinterpretados o rechazados, tendemos a rebajar la potencia del mensaje evangélico y lo suavizamos hasta convertirlo en un discurso terapéutico, de autoayuda o auto-mejora, en vez de exponer su capacidad de revolución transformadora. Pero es lo que es. Y es lo que necesitamos.

En la sociedad actual, el individuo ha desarrollado una preocupación exacerbada por sí mismo y su bienestar personal. El omnipresente llamado a “quererse a uno mismo” que vemos en numerosos mensajes comerciales no es negativo en sí mismo [de hecho es positivo], pero necesitamos ser críticos para interpretar a qué viene asociado.

Demasiadas veces ese “amor personal” es la punta de lanza de una ideología centrada en el yo, que tiene como único sujeto de amor al yo, y que imprime en el público la marca del yo. Este **yoyó** de la vida [o “yoísmo”, como le han llamado algunos], no es equivalente a la propuesta del Evangelio, aquella que dice: «ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39). ¡Claro que necesitamos amarnos a nosotros mismos!, pero no en un ejercicio egoísta, endiosado y narcisista, sino teniendo como eje al otro, al prójimo, al que no es yo ni como yo. Sin embargo, esto no parece que sea el proyecto común contemporáneo.

El yo es el proyecto del individuo actual; nada ni nadie es más importante.

La autorrealización personal es el objetivo primordial y fundacional del ser.

La primera persona del singular gana terreno frente a la primera del plural.

La idea de comunidad holística se debilita en pro de la del sujeto individual e independizado.

El otro, el prójimo, el semejante o el diferente, son dejados a un lado como sujetos secundarios o como recursos utilitarios [esto no siempre es así ¡y menos mal!; pero es una tendencia pandémica que necesita ser criticada y reflexionada].

Corremos el riesgo de seguir una *lógica cainita*, «¿acaso debo cuidar a mi hermano?» (Génesis 4:9); en vez de una **lógica fraternal**: «llenadme de alegría teniendo un mismo parecer, un mismo amor, unidos en alma y pensamiento. No hagáis nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad considerad a los demás como superiores a vosotros mismos. Cada uno debe velar no sólo por sus propios intereses sino también por los intereses de los demás» (Filipenses 2:2-4).

Wow.

Es un texto bastante claro, ¿no? Un misil directo “al corazón” de ese tipo de capitalismo agresivo, desmesurado e insensible al interés del prójimo que, si somos autocríticos, se perpetúa gracias a nuestras decisiones cotidianas.

Lo que aún es más peligroso es que estas lógicas rijan también nuestra vida espiritual y de iglesia. Las presiones no sólo vienen del exterior, sino desde el interior de nuestra comunidad [también en ese espacio es precisa la crítica, la reflexión y la transformación].

Aunque tampoco sea lo más *fashion*, tenemos que entender algo: la revolución del Evangelio no pasa por mí como el sujeto que produce el cambio. No hay poder que valga en el yo [no pierdas tiempo buscando en tu interior], sólo se encuentra en Jesús. «Cristo es el poder [*dynamis*] de Dios» (1 Corintios 1:24). No soy yo el que se auto-cultiva y auto-transforma, sino que es acción de Dios en mi vida a través del ejercicio de la fe.

Así avanzamos.

Sólo así vencemos.

Entonces somos transformados.

«Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (1 Juan 5:4).

Dios no ha venido a ser tu suplemento energético o la miel que endulza tu paladar, sino a colocar dinamita en tu interior, derribar tu viejo yo y levantar una persona nueva. La explosión está controlada, pero tiene que ser de raíz. No será de un día para otro, pero es un trabajo de artificiero constante que debemos permitir. Si la analogía o figura expresiva de la dinamita te suena excesiva, Jesús utiliza la imagen del nuevo nacimiento para transmitir la misma idea: «de veras te aseguro que quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3).

Dios quiere generar una nueva humanidad. Así de claro.

Creo que los cristianos todavía no nos hemos creído esta propuesta del Evangelio, lo que verdaderamente significa e implica la Cruz, no sólo para el futuro que esperamos sino para el hoy que vivimos. «Porque Cristo es nuestra paz: de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando mediante su sacrificio el muro de enemistad que nos separaba. Esto lo hizo para crear una nueva humanidad, para reconciliarnos con Dios mediante la cruz, por

la que dio muerte a la enemistad. Él vino y proclamó paz a los que estaban lejos y paz a los que estaban cerca» (Efesios 2:14-22).

¿Has leído?

¡Una nueva humanidad!

Las barreras y el conflicto entre tribus, géneros, identidades nacionales y pueblos no tienen sentido unidos a Cristo. Jesús dinamita esos muros y extiende puentes de reconciliación y paz.

Pura Revolución.

«Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos vosotros sois uno solo en Cristo Jesús» (Filipenses 3:28).

Bendita Revolución.

¿Te das cuenta del poder de la Cruz? No es otra etiqueta que se añade ni una mejora personal, es una **identidad nueva** que atraviesa el resto, penetra hasta los tuétanos y quiebra viejas fronteras. Tu identidad ya no depende del poder adquisitivo, de la orientación sexual o del país en el que has nacido, sino de Jesús.

Jesús
es
suficiente.

La invitación bíblica te reta: «no imites las conductas ni las costumbres de este mundo, más bien deja que Dios te transforme en una persona nueva al cambiarte la manera de pensar. Entonces aprenderás a conocer la voluntad de Dios para ti, la cual es buena, agradable y perfecta» (Romanos 12:2).

–Todo esto suena un poco **radical**, ¿no?

–Sí, no te puedo decir otra cosa.

Aquí no hay medias tintas ni verdades a medias (Lucas 9:57-62).

La Revolución propuesta no es una chirigota ni charlatanería política (Mateo 7:14).

No es viable rendirse a Jesús a medias, porque «nadie puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro, o querrá mucho a uno y

despreciará al otro» (Mateo 6:24). Eso de no ser ni frío ni caliente no trae buenos resultados (Apocalipsis 3:16).

No es posible seguir a Jesús de verdad y esperar que todo siga igual que antes en mi vida y entorno. Que nada cambie. Que todo sea confort. Eso de creer en Dios pero vivir como si no existiera está destinado al fracaso espiritual y a la esquizofrenia vital.

Es verdad. Ser cristiano muchas veces es complicarse la vida. Pero Cristo no murió con las manos extendidas en una cruz para que nosotros vivamos con los brazos cruzados. El Evangelio, sí o sí, produce cambios (Mateo 7:16; Santiago 2:17).

Queremos a Alguien que nos saque del pozo, pero no que nos diga cómo hacer para no volver a caer. Nos gusta la idea de Alguien que nos auxilie, pero somos reacios a que sea el rey de nuestra vida y sólo le damos un poquito de nosotros o los restos... Esto no es posible [o si lo es, no saldrá bien].

No desesperes ni te frustres. Todos estamos en el proceso, en el camino: «no es que ya lo haya conseguido todo, o que ya sea perfecto. Sin embargo, **sigo adelante** esperando alcanzar aquello para lo cual Cristo me alcanzó a mí. Olvidándome de lo que queda atrás, sigo esforzándome por lo que está delante» (Filipenses 3:12-13).

Si le dejas, el poder del evangelio va haciendo su trabajo, va abriendo el camino. Sin prisa pero sin pausa. Con respeto. Sin imponer. En libertad.

Por otro lado, hay que reconocer que existen ciertos sectores cristianos que pretenden hacer detonar esta dinamita en corazones ajenos, o utilizarla como si fuese pólvora arrojada. No. La dinamita del Evangelio debe explotar en el corazón, no en la mano; en uno mismo, no cargarla en el otro (Lucas 6:42; Romanos 2:1).

Esta Revolución va a tener un efecto no sólo en ti, sino en quienes te rodean. La dinamita que Dios ha puesto en tu interior va a generar una **onda expansiva** que afectará a los demás, contagiara a más gente y se transmitirá de forma sobrenatural hacia los corazones de otros. Cuando la chispa se encienda, «no apagues al Espíritu» (1 Tesalonicenses 5:19).

Entonces, la Revolución se convierte en Resistencia.

RESISTENCIA

No pasa nada si tus valores no coinciden con los de la **arrolladora corriente** “Progreguay” que en los últimos tiempos inunda foros, webs, prensa y otros espacios. Tampoco te angusties si te identificas igual de poco con algunas ideas “Retrocasposas” y tus creencias son diferentes, como un remanente entre la masa.

A veces da miedo compartir lo que uno opina sobre la imposición de ciertos temas y nuevos credos, ¿lo has notado? Tengo la sensación de que vivimos cierto tipo de represión ideológica disfrazada de avance progresista. Avance que, si te descuidas, se puede convertir en otro tipo de pontificado igual de dogmático y absolutista como el que pretende superar. No nos engañemos: cuando unos fanatismos se destruyen, otros se levantan.

En esta espectacularización masiva, donde los nuevos obispos de la imagen e *influencers* mediáticos comparten sus decorados como si fuesen la vida real, nos disparamos a nosotros mismos cuando los que hablan de libertad de expresión sólo aceptan aquella que les parece bien. Así canonizamos el pensamiento ambiguo, veneramos al “yo que todo lo vale” y glorificamos una moral en la que el bien y el mal, lo bueno y lo malo, son condicionales y relativos.

Me aterra asistir a unas estadísticas que aumenten en cerebros infantilizados, corazones entronizados y almas vendidas. Me estremece aún más ser parte de ello y ni siquiera pararme a pensarlo.

Son malos tiempos para los que tienen un **criterio propio** que no es como el de la mayoría. Es mejor que reprimas tus ideas o te amoldes al resto, no vaya a ser que te conviertas en sospechoso... Porque si no sigues el ideario de moda, prepárate para el paredón viral. Como no comulgues con sus doctrinas, ya se encargará la Inquisición 2.0 de ponerte en tu sitio. Prepárate para que un ejército de *haters* y otros humanos que padecen el síndrome del comentarista-emperador te recuerden que estás equivocado y que lo que opinas es basura de otra época.

No te dejes llevar por la demagogia barata ni las vomiteras de las redes sociales [que cada vez tienen más de redes y menos de sociales; y más allá de algunas ventajas comunicativas, nuestros datos –¡nosotros!– se convierten en producto comercial con fines económicos]. Mejor si nos ponemos la «armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo podáis resistir hasta el fin con firmeza. **Manteneos firmes**, ceñidos con el cinturón de la verdad,

protegidos por la coraza de justicia, y calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz. Además de todo esto, tomad el escudo de la fe, con el cual podéis apagar todas las flechas encendidas del maligno. Tomad el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios» (Efesios 6:13-16).

Confundimos progreso con velocidad.

Vivimos inmersos en una agitación permanente.

Así se hace complicado encontrar momentos de quietud y reposo.

Asaltados por constantes avisos en nuestras múltiples pantallas, unos ritmos de trabajo sofocantes, una oferta mediática que enlaza una cosa con la otra en la que si no decides pararlo todo se reproduce en 3, 2, 1..., y casi sin darnos cuenta estamos en bucle otra vez. Todo parece diseñado para absorber nuestra atención [me río de los que pensaban que sólo los extraterrestres podían abducirnos, ¡ja!].

Vamos de aquí para allá, de un lado a otro, y no me refiero [sólo] física o geográficamente. Pero en un tiempo donde abunda lo líquido y lo gaseoso, Jesús representa lo **sólido**.

Sí, defendiendo lo sólido porque es el único cimiento seguro sobre el que construir.

La roca. Donde a pesar de que las lluvias, los ríos y los vientos golpeen la casa, ésta se mantiene (Mateo 7:24-27).

El refugio. Mi escudo. El peñasco donde encontrar protección y salvación (2 Samuel 22:2-4).

Frente a salvavidas de hielo contemporáneos, Jesús nos sigue ofreciendo su mano firme para sacarnos del mar revuelto (Mateo 14:31).

Cada vez tengo más claro que aquellos que deseemos abrazar y practicar el mensaje del Evangelio formaremos parte de un Movimiento de Resistencia.

A contracorriente. Como un

RE-

MA-

NEN-

TE.

Porque «llegará el tiempo en que la gente no escuchará más la sólida y sana enseñanza. Seguirán sus propios deseos y buscarán maestros que les digan lo que sus oídos se mueren por oír. Rechazarán la verdad e irán tras los mitos. Pero tú debes mantener la mente clara en toda situación. No tengas miedo» (2 Timoteo 4:3-5).

Ese tiempo ha llegado. Ya está aquí.

Y tú has sido llamado a pertenecer a un **Movimiento de Resistencia**...
Resistencia a no pensar como la mayoría.
Resistencia a las presiones ideológicas.
Resistencia a lo líquido y al todo vale.
Resistencia a las burlas y el escarnio.
Resistencia a la indiferencia.
Resistencia al rechazo.

No es ni será fácil; pero hay y habrá que resistir.

Resiste.

Resiste las miradas prejuiciosas por sostener una Biblia en tus manos. Por creer que sus hojas son perennes, no caducas. Por tomarla como una biblioteca esencial, no sólo como “una serie de consejitos” a valorar. Por escudriñarla [esa inescudriñable palabra...] y ser tu fuente de sentido.

Resiste aunque te digan _____ [pon aquí un insulto creativo] por creer que has sido creado y tienes un propósito. Que no eres el resultado de una evolución azarosa ni que el origen de todo está en la explosión de la nada.

Resiste la incomprensión por entender que el Sábado no es un día más [ni el sexto]. Por dedicárselo a Dios y separarlo del resto. Por deleitarte en él como un recordatorio de dónde vienes y un reconocimiento de que no eres una máquina.

Resiste frente a la pornocultura y a la hipersexualización de cada aspecto de la vida. Es posible entender la sexualidad como un regalo sagrado, íntimo, que no te domina, que no estás sometido a su dictado, que sabe esperar aunque para el resto la fidelidad no sea ni siquiera una opción razonable

[¡ja!, próximo éxito de Becky G feat. Maluma: #befaithful. Va a ser que no...].

Resiste ante los que te invitan a beber para olvidar. No lo necesitas, tú sabes perdonar. Tampoco precisas de “otras sustancias” para disfrutarlo y gozarlo. ¡Viva tú! porque reconoces que la vida es un regalo y cuidas tu salud como respuesta.

Resiste la tentación. Venga de donde venga. Ataque donde ataque. Resiste _____ [tú conoces aquello que te seduce y arrastra]. Es posible. Te asiste el poder que el Espíritu pone a tu entera disposición: «porque al salir aprobado recibirás la corona de la vida que Dios ha prometido a quienes le aman» (Santiago 1:12).

Resiste los cantos de sirena que cuchichean: “sigue tu corazón, sigue tu corazón” (Jeremías 17:9), porque tú has decidido seguir a Jesús y dárselo a él (Ezequiel 36:25-27). Para recibir uno nuevo. Más grande. Más puro. Más sensible. Más atento.

Resiste el bombardeo de persuasión hiperconsumista, la *cultura clínex* de usar y tirar [cosas y personas], del exceso, la opulencia y la aceleración que asfixia el planeta y le hace gemir de dolor (Romanos 8:22).

Resístete a pensar que la muerte es el final cuando en realidad es sólo un sueño cuyo despertador es Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente» (Juan 11:25-26).

Resiste la incredulidad ácida de quienes se ríen ante las profecías, lo que está por venir y el próximo advenimiento de Jesús. Ya estábamos advertidos: «en los últimos días vendrá gente burlona que, siguiendo sus malos deseos, se mofará: “¿Qué hubo de esa promesa de su venida?”» (2 Pedro 3:3-4). No sólo la esperes, ámala (2 Timoteo 4:8).

Resiste y protesta contra los engaños religiosos, el fanatismo y el dolor producido en nombre de Dios. Cualquier movimiento que odia o abusa, sea cual sea su nombre, no es de Dios.

Resiste y ama también a tu enemigo. Jesús insiste en el valor de las relaciones por encima de cualquier otra cosa... Frente al odio, el amor. Frente al enemigo, el prójimo. Frente a la persecución, la oración (Mateo 5:43-44).

Resiste y sirve, pues la grandeza no se define en términos de poder o conocimiento, sino de servicio y entrega al otro: «si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. El que quiera hacerse grande entre vosotros deberá ser vuestro servidor» (Marcos 9: 35; 10:44). Es maravilloso: todos podemos ser grandes porque todos podemos servir.

Resiste aunque te sientas débil, porque «te basta con mi gracia, pues mi poder [*dynamis*] se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:9).

Resiste. Resiste. Resiste.

Eres un **rebelde con causa**.

Que nadie ni nada te hagan creer lo contrario.

Ni tu causa es irrelevante ni el producto de una demencia irracional.

Es verdad: estás un poco loco, pero ¡bendita locura ésta! El mensaje del Evangelio, su ritmo, su armonía, es pura melodía para el oído atento [¡si es que me dan ganas de bailar!]; sin embargo «los que no oyen la música piensan que los que bailan están locos» [frase de atribución desconocida]. Tal y como expresó Pablo: «el mensaje de **la cruz es una locura** para los que se pierden; en cambio, para los que se salvan, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder [*dynamis*] de Dios. Pues la locura de Dios es más sabia que la sabiduría humana, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza humana» (1 Corintios 1:18, 25).

Para muchos estarás loco, pero tienes que saber que **no estás sólo**.

Recuérdalo siempre. Sobre todo en los momentos más difíciles.

Elías, profeta de Dios, fue amenazado de muerte por la reina Jezabel, quien idolatraba a Baales, dioses fenicios y cananeos. Elías huye, se esconde, tiene miedo, se siente sólo y hasta quiere morir (1 Reyes 19). En esa situación le grita a Dios: «“Señor, han matado a tus profetas y han derribado tus altares. Yo soy el único que ha quedado con vida, ¡y ahora quieren matarme a mí también!” ¿Y qué le contestó la voz divina? “He apartado para mí siete mil hombres, los que no se han arrodillado ante Baal”. Así también hay en la actualidad un remanente escogido por gracia» (Romanos 11:3-5).

También hoy permanece un remanente, un Movimiento de Resistencia que te recuerda que no estás sólo en tu aventura de Rendición y Revolución.

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis siempre ha habido **rebeldes de ideas extrañas** a los ojos de sus contemporáneos; personas pertenecientes a este Movimiento que prefieren el honor de servir a Dios que los privilegios del mundo. Los escabrosos caminos de la Resistencia ya han sido transitados antes.

Noé creyó, soportó la burla y construyó un arca en una tierra en la que nunca había llovido. Él y su familia resistieron (Génesis 7:1).

Abraham obedeció y salió sin saber a dónde iba, confiando únicamente en las promesas de Dios. Vivió por fe, aunque no entendiera todo (Génesis 12; Hebreos 11:11-19).

José, tirado a un pozo y vendido por sus hermanos, acabó sirviendo en tierra extraña desde el respeto y la honra a Dios. Sin ceder aun en el poder (Génesis 39:10).

Esther, quien se jugó la vida ante el rey Asuero e intercedió con un arrojo temerario y extraordinario por su pueblo, el cual fue salvado. No se calló (Esther 4:14).

Ananías, Misael y Azarías, quienes resistieron y no se arrodillaron ante la estatua de Nabucodonosor [la de antes, ¿te acuerdas?]: «si nos arrojas al horno en llamas, el Dios al que servimos puede librarnos del horno y de tus manos. Pero aun si nuestro Dios no lo hace así, has de saber que no honraremos a tus dioses ni adoraremos tu estatua» (Daniel 3:17-18). ¡Olé sus valores y convicciones!

Tantos profetas y jueces que desde su experiencia y encuentro con Dios resistieron a las presiones de su entorno, sin importarles nada más que cumplir la voluntad de su Señor.

Discípulos y seguidoras que tras la muerte del Maestro se recluyeron unánimes en oración hasta que el Espíritu se manifestó y se convirtieron en una fuerza que alteró el mundo entero (Hechos 1:14; 17:6).

Hombres y mujeres que protestaron contra la oscuridad de la religión imperante y denunciaron sus falsas enseñanzas; que soportaron persecución, torturas y las más terribles condenas que un ser humano pueda experimentar, pero no transigieron su conciencia y se mantuvieron aferrados [con fe] a la Palabra y a la salvación de Dios. Su sangre derramada fue una semilla que no paraba de crecer.

Este Movimiento de Resistencia prosigue hasta el tiempo del fin, donde se nos habla de un remanente que a pesar de los ataques del mal, ellos/as perseveran y se posicionan del lado del Bien, «obedeciendo los mandamientos de Dios y manteniéndose fieles a Jesús» (Apocalipsis 12:17; 14:12).

Ese es nuestro lugar. Nuestra posición. Nuestra decisión.
Vivimos porque Resistimos.

Como dice Ellen G. White, «la mayor necesidad del mundo es la de hombres [y mujeres] que no se vendan ni se compran; hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas; hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde; hombres cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo; hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos».

Quizás ya has sentido rechazo, indiferencia, burla o presión por creer en lo que crees o defender ideas poco corrientes hoy... Si es así, eres dichoso y bienaventurado a los ojos de Dios (Mateo 5:10-12). Un/a valiente que, a pesar de todo, ha reconocido a Jesús como su Salvador ante los demás. Siéntete feliz, tú también has sido reconocido/a por tu Padre que está en el cielo [¿ves la sonrisa de Dios mientras aplaude?, ¿ves a los ángeles danzar de alegría por tu compromiso?] (Mateo 10:32).

Sea cual sea tu angustia o miedo, «deposita en Dios toda ansiedad, porque Él cuida de vosotros. **Resistid** al enemigo, estad alerta y manteneos firmes en la fe, sabiendo que vuestros colegas en todo el mundo están soportando la misma clase de problemas» (1 Pedro 5:7-9).

Este Movimiento de Resistencia sabe de dónde viene la solución al mal, y conoce en Quién depositar su esperanza de ser Rescatado.

RESCATE

No hace falta ser un lumbreras para darse cuenta de que hay algo en el mundo que está fuera de control, que está **roto** por dentro...

Pero llegará el día cuando el ser humano, a través de su poder, conocimiento y tecnología, construya por sí mismo un mundo justo, sin desigualdad ni castas, extirpe el mal de la sociedad y alcance la inmortalidad [ejem... -carraspeo-. Perdóname, es que no me lo creo. Quizá no tengo fe suficiente en esa idea -porque, no me negarás, fe se necesita un rato para creérselo-].

Aunque encontremos la cura para las enfermedades más raras [y ojalá así sea]. Aunque tengamos una renta básica universal. Aunque congelemos nuestro cerebro y lo pongamos en un cuerpo más joven. Aunque desarrollemos sistemas informáticos que detecten al vuelo las *fake news*. Aunque consigamos...

Aún así no habremos cambiado nuestro corazón, nuestra condición caída, nuestra tendencia corrupta, todo aquello que necesita ser dinamitado y creado de nuevo.

Y es que no necesitamos un rescate financiero, físico, político o intelectual, sino un **rescate del corazón**; «porque de dentro, del corazón humano, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, el engaño, el libertinaje, la envidia, la calumnia, la arrogancia y la necesidad. Todos estos males vienen de adentro y contaminan a la persona» (Marcos 7:21-23).

Entiendo que aceptar esto es duro. Soy parte del problema y el problema está enraizado en mí. Por eso es tan importante Rendirse y experimentar un nuevo nacimiento.

La Revolución del Evangelio no sólo tiene como objetivo que nuestra felicidad sea completa (1 Juan 1:4), sino que seamos **salvos**.

Salvos del yo. De la tentación. Del pecado. De la corrupción. Del engaño. De la muerte. Del mal. De un trágico final.

La sociedad vende la felicidad personal como la máxima humana, pero se olvida de que incluso la felicidad de este mundo suena a poco comparado con lo que significa la salvación: «todo lo considero pérdida por razón del **incomparable valor de conocer a Cristo**. Por él lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, a fin de estar en Cristo» (Filipenses 3:8).

Dios no elaboró un Plan de Felicidad, sino un Plan de Salvación. Por supuesto que Dios quiere tu felicidad (Génesis 1:31; Jeremías 29:11; Juan 10:10; 17:13; 1 Juan 1:4), pero por encima de todo busca tu salvación. De alguna forma, Dios sabe que la verdadera felicidad es una consecuencia de aceptar la salvación.

Esta salvación es un regalo.

Ni se compra [no busques en Amazon],
ni se conquista [no es un juego de obras],
sólo se recibe [se llama Gracia].

Pablo anota: «no busco mis propios intereses sino los de los demás, para que sean salvos» (1 Corintios 10:33). Esa es la finalidad. Y es revolucionaria.

En todo esto, la perspectiva que tomemos es clave.

Nuestra condición humana requiere un rescate.

Ese rescate ya ha sido pagado.

Ahora sólo falta que se haga efectivo.

La buena noticia es que «allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Romanos 5:20).

Una cruz y una tumba vacía son el pago de Dios; significan que hemos sido «rescatados de la vida absurda que heredamos de nuestros antepasados. El precio de **nuestro rescate** no se pagó con cosas perecederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo» (1 Pedro 1:18-19).

Nuestra realidad se encuentra inmersa en un **conflicto** que va más allá de lo que nuestros ojos alcanzan a ver, «porque no luchamos contra enemigos de carne y hueso, sino contra gobernadores malignos y autoridades del mundo invisible, contra fuerzas poderosas de este mundo tenebroso y contra espíritus malignos de los lugares celestiales» (Efesios 6:12) [¿cómo se te queda el cuerpo, eh?].

Por eso es esencial que cambiemos nuestra **perspectiva** acerca de cómo entendemos todo lo que ocurre a nuestro alrededor [y más allá]. Formamos parte de un conflicto, pero éste ya tiene un final escrito y sellado: Cristo vuelve pronto (Juan 14:3; 1 Tesalonicenses 4:13-18).

Todos los demás avances [que bienvenidos sean], tan sólo serán remiendos, tiritas o vendajes más o menos sugestivos. La solución final al mal no depende de vacunas, códigos éticos internacionales o tecnología 3D, sino del **advenimiento** definitivo de Cristo [ya te he dicho antes que estás loco, ¿no?]. Esta promesa recorre toda la revelación bíblica, desde Génesis 3:15 hasta Apocalipsis 22:20. El mal tiene fecha de caducidad y aunque no la conozcamos (Mateo 24:36; Hechos 1:7), sí sabemos que sólo puede provenir **de Dios**.

Nuestro rescate no llega desde nuestro interior, sino desde el exterior. «Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 9:10), «para dar su vida en rescate por muchos» (Mateo 20:28).

«¿Qué hacéis aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre vosotros al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo habéis visto irse» (Hechos 1:11); «como el relámpago que sale del oriente se ve hasta en el occidente, así será la venida de Cristo» (Mateo 24:27; «y todo ojo lo verá» (Apocalipsis 1:7).

«Manteneos firmes y aguardad con paciencia la venida del Señor, que ya se acerca» (Santiago 5:8); «y el que resista hasta el final será salvo» (Mateo 24:13).

Más claro, agua.

A pesar de que se nos pinte como posible alcanzar el paraíso en la Tierra, lo cierto es que somos peregrinos en ella (1 Pedro 1:17; 2:11; 1 Crónicas 29:14-15; Hebreos 11:13). Ser cristiano significa pertenecer a una comunidad en viaje, que está de paso. Sin excesivas pertenencias, tan sólo equipaje (Mateo 6:20). Supone permanecer en movimiento como nómadas hacia un destino seguro.

La idea del Rescate no es una forma de optimismo a ultranza ni significa no hacer nada por el mundo en el que vivimos. ¡Al contrario! Los que más impactaron su sociedad presente fueron aquellos que tenían sus ojos fijos en la promesa futura. Se espera de nosotros trabajar por la paz, practicar la justicia, confortar al doliente, alejarnos de la corrupción... (Miqueas 6:8; Santiago 1:27). ¡Por supuesto que Dios espera nuestro trabajo aquí y ahora!, pero sin olvidarnos de que nuestro reino no es de este mundo (Juan 17:14; 18:36); ni de que la solución al mal no vendrá de nuestra mano, sino de la de Dios.

Este Rescate es el punto y final para el mal, pero es un punto y seguido en nuestra historia con Dios. No es el final de la película, es el comienzo de un guión nuevo que ni Spielberg, Cameron o Malick podrían soñar.

Nuestro querido planeta Tierra es nuestra casa. Ha sido así desde «el principio» (Génesis 1). Pero no es nuestra casa en el estado en el que se encuentra ahora. El conflicto la ha destrozado. Nos ha desgarrado por dentro. Por eso es necesaria la Recreación, para devolvernos nuestro hogar como estaba diseñado (Apocalipsis 21-22). El Rescate no es un tipo de escapismo mágico, es el paso entre una Tierra vieja y una Tierra nueva, es parte del proceso de Recreación.

RECREACIÓN

Última parada. Aquí ya **sobran las palabras.**

«En un abrir y cerrar de ojos seremos transformados, al toque final de la trompeta. Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad. Cuando lo corruptible se revista de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: la muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 Corintios 15:52-55).

Es mejor que la imaginación se posea de tu mente y te lleve hasta el infinito y más allá. Y es que «ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente ha imaginado **lo que Dios tiene preparado** para quienes lo aman» (1 Corintios 2:9).

[respira. Sonríe. Tómate un momento para imaginar...]

«Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir. Vi además la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido. Oí una potente voz que provenía del trono y decía: “¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir.” El que estaba sentado en el trono dijo: “¡Yo hago nuevas todas las cosas!” Y añadió: “Escribe, porque estas palabras son verdaderas y dignas de confianza”» (Apocalipsis 21:1-5).

Para creer esto se necesita **fe**: «la confianza de que en verdad sucederá lo que esperamos; lo que nos da la certeza de las cosas que no podemos ver» (Hebreos 11:1).

Sí. La fe del creyente produce burla. Es obstinada. Parece imposible. Esta convicción sobrenatural de que lo esencial es invisible a los ojos es molesta para quien no la tiene. Pero, como ya se ha comentado, en Jesús tienes la oportunidad de nacer de nuevo, y aunque sigas siendo de barro, tu corazón ya estará preparado para abrazar el cielo.

La fe no limita tu mirada, de hecho te hace ver más allá. Jesús desmiente nuestras tradiciones y lógicas para mostrarnos que la realidad tiene una dimensión más profunda. ¡Nos falta tanto por ver, oír y experimentar...! Lo que nuestros sentidos y mente conocen es tan sólo una parte de cuanto existe. Desconocemos mucho más de lo que conocemos. Es quizás en ese espacio de apertura donde emerge y crece la fe.

W. Paul Young lo expresa así: «a veces uno decide creer algo que en condiciones normales consideraría absolutamente irracional. Esto no quiere decir que en realidad sea irracional, pero, sin duda, no es racional. Quizá exista la suprarracionalidad, es decir, una razón más allá de las definiciones normales de los hechos o la lógica basada en los datos, algo que solo tiene sentido si puede verse una imagen más amplia de la realidad. Tal vez es ahí donde encaja la fe».

La fe no se estanca; se mueve y nos mueve.

Los primeros seguidores **recibieron** el nombre de “cristianos”, no se lo pusieron ellos mismos. La gente que les rodeaba notaba que tenían algo que ver con Cristo. Eran gente sin estudios ni preparación, pero se podía reconocer en ellos que habían estado con Jesús (Hechos 4:13).

¡Cuánto deseo que nuestra vida pueda reflejar exactamente eso...! Y para eso no basta con oír estas palabras ni contemplar las nubes, hay que ponerlas en **práctica** y convertir cada momento en un anticipo del cielo (Mateo 7:26).

Elige un rincón en tu hogar y conviértelo en tu espacio de oración diaria.

Busca más inspiración en las personas de la Biblia que en los protagonistas de *Marvel*; ¡que tu *influencer* favorito sea el Espíritu Santo!

Convierte tu casa, iglesia o perfil digital en espacio de Resistencia. De Revolución. De Recreación.

Expón tu fe. Sal del confort. La próxima vez que estés en un grupo no te calles lo que crees. Presenta el camino de Jesús. Comparte tu testimonio. Invita a otros a unirse a la Resistencia.

Destina tiempo al encuentro con Jesús, que sea tan necesario como el aire que respiras.

Sirve al otro. Trata al prójimo, al pequeño y al indefenso como si fuesen Jesús. Evádate en la naturaleza y percibe la declaración de su creación.

Estudia las profecías «para que cuando sucedan, creáis» (Juan 14:29); y para que seas así dichoso porque «el tiempo de su cumplimiento está cerca» (Apocalipsis 1:3).

Inicia un grupo en tu casa. Una vez a la semana. Una vez cada dos semanas. Cuando sea. Llámale “Oasis”, “Célula”, “Salón”, “Familia” o como te venga en gana. Llenad vuestra mesa de rica comida y disfrutadla con calma. Dedicad un tiempo para leer, meditar y orar juntos.

Muévete. Entrégate. Sé el cambio que esperas de tu comunidad. Participa. Escucha. Comparte. Resiste...

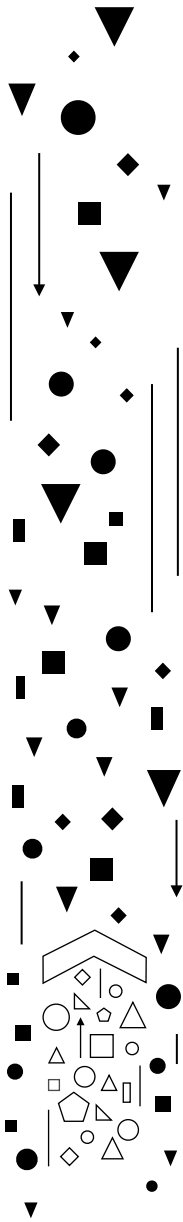
Porque la única forma de seguir vivos es estar en movimiento.

Y «aunque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando día tras día. Pues los sufrimientos ligeros y efímeros que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento. Así que no nos fijamos en lo visible sino en lo invisible, ya que lo que se ve es pasajero, mientras que lo que no se ve es eterno. Vivimos por fe, no por vista» (2 Corintios 4:16-18; 5:7).

Gozo y Paz.

#MovimientoDeResistencia

«¿Qué podemos decir acerca de cosas tan maravillosas como estas? Si Dios está a favor de nosotros, ¿quién podrá ponerse en nuestra contra? Si Dios no se guardó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos dará también todo lo demás? ¿Quién se atreve a acusarnos a nosotros, a quienes Dios ha elegido para sí? Nadie, porque Dios mismo nos puso en la relación correcta con él. Entonces, ¿quién nos condenará? Nadie, porque Cristo Jesús murió por nosotros y resucitó por nosotros, y está sentado en el lugar de honor, a la derecha de Dios, e intercede por nosotros. ¿Acaso hay algo que pueda separarnos del amor de Cristo? ¿Será que él ya no nos ama si tenemos problemas o aflicciones, si somos perseguidos o pasamos hambre o estamos en la miseria o en peligro o bajo amenaza de muerte? Claro que no, a pesar de todas estas cosas, nuestra victoria es absoluta por medio de Cristo, quien nos amó. Y estoy convencido de que nada podrá jamás separarnos del amor de Dios. Ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni demonios, ni nuestros temores de hoy ni nuestras preocupaciones de mañana. Ni siquiera los poderes del infierno pueden separarnos del amor de Dios. Ningún poder en las alturas ni en las profundidades, de hecho, nada en toda la creación podrá jamás separarnos del amor de Dios, que está revelado en Cristo Jesús nuestro Señor» (Romanos 8:31-39).



#MovimientoDeResistencia